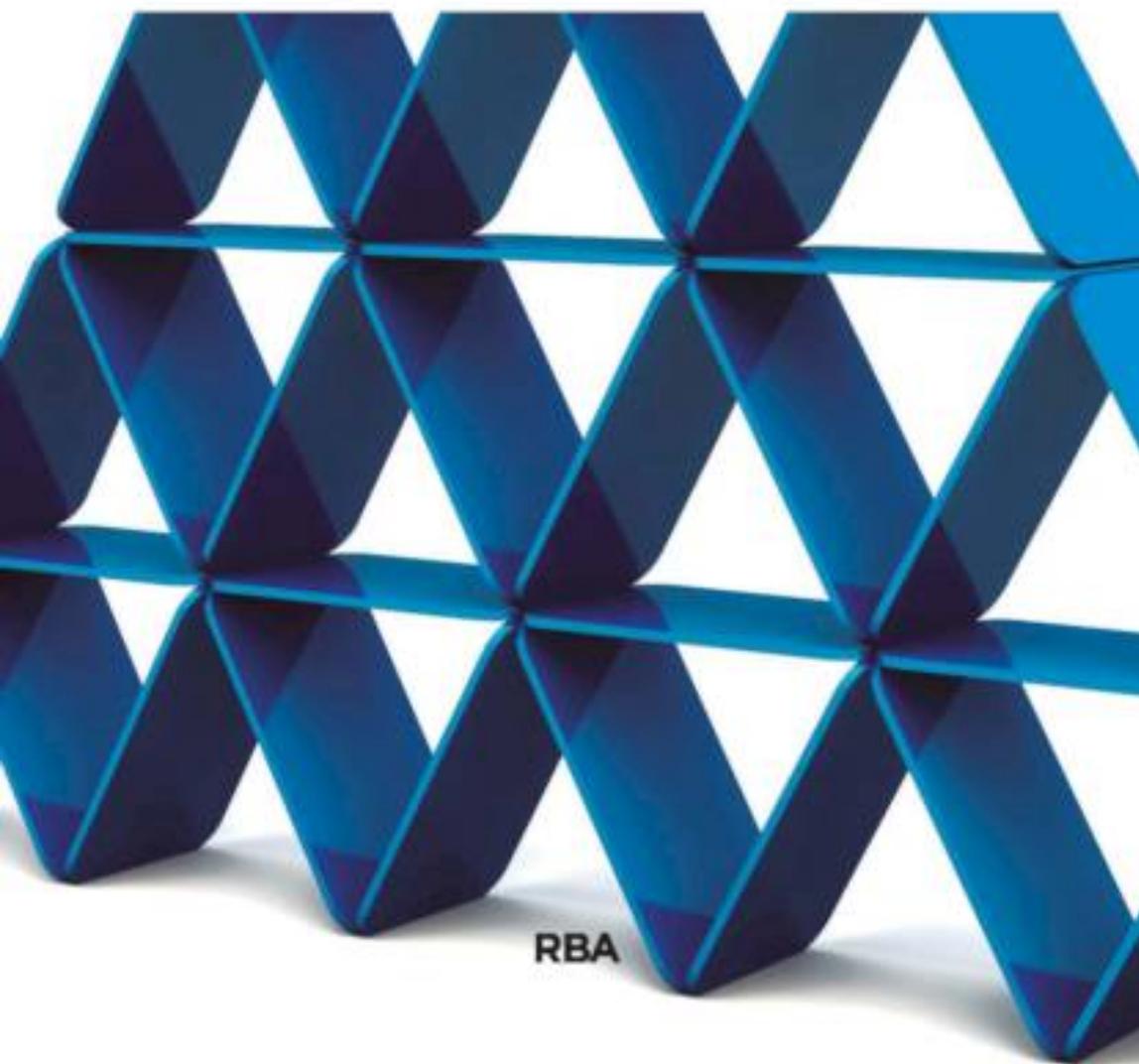


JAMES K. GALBRAITH

Desigualdad y desequilibrio

La economía mundial antes de la crisis



RBA

Título original: *Inequality and Instability. A Study of the World Economy Just Before the Crisis*

© James K. Galbraith, 2012.

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, 2016.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2016.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO014

ISBN: 9788490567623

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

AGRADECIMIENTOS

1. LA FÍSICA Y LA ÉTICA DE LA DESIGUALDAD
 2. LA NECESIDAD DE UNOS NUEVOS ÍNDICES DE DESIGUALDAD
 3. LA DESIGUALDAD DE LOS INGRESOS SALARIALES Y EL DESARROLLO MUNDIAL
 4. LA ESTIMACIÓN DE LA DESIGUALDAD DE LAS RENTAS FAMILIARES
 5. LA DESIGUALDAD ECONÓMICA Y LOS REGÍMENES POLÍTICOS
 6. LA GEOGRAFÍA DE LA DESIGUALDAD EN ESTADOS UNIDOS: 1969-2007
 7. LAS DESIGUALDADES DE LOS INGRESOS REGISTRADOS EN EL PLANO DE LOS DISTINTOS ESTADOS DE LA NACIÓN ESTADOUNIDENSE Y SU REPERCUSIÓN EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES NORTEAMERICANAS
 8. LA DESIGUALDAD Y EL DESEMPLEO EN EUROPA: UNA CUESTIÓN DE NIVELES
 9. LOS SALARIOS EUROPEOS Y LA TESIS DE LA FLEXIBILIDAD
 10. LA GLOBALIZACIÓN Y LA DESIGUALDAD EN CHINA
 11. LA ACTIVIDAD FINANCIERA Y EL PODER EN ARGENTINA Y BRASIL
 12. LA DESIGUALDAD EN CUBA TRAS EL DESPLOME DE LA UNIÓN SOVIÉTICA
 13. LA DESIGUALDAD ECONÓMICA Y LA CRISIS MUNDIAL
- REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS
- NOTAS

De entre las numerosas obras sobre temas económicos que aparecen hoy en día a nivel internacional, la colección **ECONOMÍA** de RBA tiene como objetivo seleccionar solo las mejores, las que recojan con mayor claridad las ideas más innovadoras en torno a los problemas y debates de mayor actualidad en la realidad económica mundial. Siguiendo los criterios de calidad, lucidez y modernidad, un comité editorial dirigido por ANTONI CASTELLS y formado por JOSEP MARIA BRICALL, GUILLERMO DE LA DEHESA y EMILIO ONTIVEROS seleccionará regularmente los ensayos más sobresalientes en este ámbito. Así, con la aparición de media docena de títulos anuales, RBA quiere conformar una selecta biblioteca de actualidad económica que cumplirá dos grandes objetivos: por un lado, reunir libros de un alto nivel de calidad, escritos por economistas de reconocido prestigio y, por otro, convertir la colección en un atlas que radiografíe la realidad económica que vivimos, de un modo ameno y comprensible para quienes no estén profesionalmente familiarizados con los temas tratados.

La colección **ECONOMÍA** abordará los más diversos aspectos vinculados a esta ciencia social en constante evolución sin restringir los ámbitos de sus análisis, que podrán ser nacionales, europeos o globales. De este modo, el lector interesado podrá encontrar libros que luchan por acabar con ideas profundamente arraigadas en la política y el pensamiento económico actuales (como es el caso de *El Estado emprendedor*, de Mariana Mazzucato), trabajos que desde una interesante perspectiva histórica ofrecen una visión alternativa sobre los fundamentos del actual sistema capitalista y propuestas innovadoras (tal es el caso de *El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty) o certeros estudios sobre una realidad concreta, escritos por los mejores expertos sobre cada tema (como por ejemplo *Europa sin euros*, de David Marsh). Una colección, en definitiva, destinada a

lectores con inquietudes y con afán de comprender mejor el mundo cambiante de la economía.

PARA LUIGI PASINETTI,
POR SU INSPIRACIÓN Y SU AMISTAD

Kepler asumió la tarea de elaborar una curva que pasara por los puntos en que se había observado a Marte, de modo que el mayor servicio que jamás haya prestado a la ciencia vendría a consistir de hecho en dejar claramente impresa en la mente de los hombres la idea de que eso era lo que había que hacer si se deseaba conseguir que la astronomía progresara. De este modo no solo les indujo a no contentarse con preguntar si un sistema de epiciclos mostraba o no unas características mejores que las de otro, sino que les señaló que debían atenerse a las cifras y averiguar cuál era el verdadero significado de la curva.

CHARLES SANDERS PEIRCE (1877)

AGRADECIMIENTOS

Este libro es una obra colectiva de la cual no puedo reclamar una autoría exclusiva salvo que así lo aceptaran y acordaran mis principales colaboradores: los doctores José Enrique Garcilazo, Olivier Giovannoni, Joshua Travis Hale, Sara Hsu, Hyunsub Kum, los señores Daniel Munevar Sastre y Sergio Pinto, así como las también doctoras Deepshikha Roychowdhury y Laura Spagnolo, sin olvidar al doctorando Wenjie Zhang. Debo decir que todos y cada uno de ellos han contribuido notablemente a la investigación que da sustento a la obra que presentamos a continuación, puesto que buena parte de la documentación precisa para su elaboración se ha basado en los artículos escritos —muchas veces en colaboración— por los diferentes autores que acabo de citar.

He de reservar además unas palabras de especial de gratitud tanto a Laura, por haber sabido elaborar una lista no solo perfectamente sistemática sino también muy exacta de las referencias bibliográficas, como a Wenjie, que es quien se ha encargado de transformar las cifras y las tablas originales en un formato de uso común adaptado a su publicación en blanco y negro. Sin sus concienzudas aportaciones, no habría sido posible culminar este libro.

Nuestro trabajo conjunto ha venido gestándose a lo largo de muchos años al amparo del Proyecto sobre la desigualdad de la Universidad de Texas, y de hecho muchos de los detalles que vienen a confirmar los planteamientos que hemos expuesto en él —entre los que cabe destacar la información encontrada en varias bases de datos utilizadas de manera exhaustiva en nuestro estudio— pueden encontrarse en la siguiente dirección electrónica: <http://utip.gov.utexas.edu>. Guardo un gran sentimiento de gratitud por los esfuerzos que han estado realizando a lo largo de muchos años otros miembros del grupo que, si bien no figuran directamente

incluidos en la presente nota, han sido no obstante citados con gran frecuencia. Pienso especialmente en Hamid Ali, Berner Maureen, Amy Calistri, Calmon Paulo, Pedro Conceição, Vidal Garza-Cantú, Junmo Kim, Ludmila Krytynskaia, Jiaqing Lu, Corwin Priest, George Purcell y Qifei Wang. Son también numerosos los amigos que han venido dándome aliento a lo largo de todos estos años y que desgraciadamente no se encuentran ya entre nosotros. Nunca olvidaré a Peter Albin ni a Robert Eisner, del mismo modo que también recuerdo a Elspeth y a Walt Rostow, así como a Alexey Sheviakov. Los recientes debates que he venido manteniendo con Jing Chen, Ping Chen, Sandy Darity, Tom Ferguson y David Kiefer han sido igualmente de gran ayuda. Luigi Pasinetti ha sido, a lo largo de toda mi vida, un modelo de claridad y rigor científicos, cualidades a las que, en los últimos años, ha dado en sumar la condición de sólido colaborador en esta investigación: esa es la razón de que insista en dedicarle personalmente el presente libro.

Las labores que ahora culminan en esta obra iniciaron su andadura en el transcurso del año académico 2003-2004, período en el que tuve ocasión de investigar gracias a una beca concedida por la Fundación Carnegie, una distinción que hace que me sienta profundamente agradecido, y muy especialmente por el apoyo recibido tanto de esa institución como de Pat Rosenfield, miembro de la Corporación Carnegie de Nueva York. En los últimos tiempos he tenido la oportunidad de contar asimismo con el apoyo de las dotaciones económicas concedidas a instancias de la cátedra Lloyd Millard Bentsen, hijo, para el estudio de la Gobernación y las relaciones empresariales de la Escuela de Asuntos Públicos Lyndon B. Johnson. Como ya he señalado en Galbraith y Berner (2001), los primeros esfuerzos del mencionado Proyecto sobre la desigualdad de la Universidad de Texas contaron con el respaldo de la Fundación Ford, circunstancia que explica la deuda de gratitud que me une tanto a Becky Lentz como a Lance Lindblom, dos colaboradores que acaban de jubilarse tras un fecundo período de trabajo en la Fundación Cummings.

Agradezco también la amabilidad de los directores y los editores de las numerosas revistas especializadas que he tenido que emplear en el presente trabajo al haberme permitido adaptar y extraer importantes fragmentos de los textos contenidos en sus páginas. Las revistas a las que me refiero son las siguientes: *América Latina Hoy*; *Banca Nazionale del Lavoro Quarterly Review*; *Business and Politics*; *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*; *CESifo Economic Studies*; *Claves de la Economía Mundial*; *Economists' Voice*; *European Journal of Comparative Economics*; *International Review of Applied Economics*; *Journal of Current Chinese Affairs*; *Journal of Economic Inequality*; *Journal of International Politics and Society*; *Journal of Policy Modeling*; *Review of Income and Wealth*; *Social Science Quarterly*; y *WIDER Angle*. He de añadir asimismo que a lo largo de todo el tiempo que he necesitado para dar culminación a estas investigaciones el Levy Economics Institute del Bard College no solo ha actuado como un fiel aliado, sino que ha tenido igualmente la gentileza de publicar los resultados de mis estudios.

Quiero manifestar también la deuda de gratitud que me une a mi agente literario, la señora Wendy Strothman, así como a Joe Jackson y a todo el equipo de la Oxford University Press, sin olvidar la excelente labor del corrector de estilo Tom Finnegan y la colaboración de los numerosos lectores y árbitros académicos que tuvieron la bondad de revisar los originales de los artículos publicados en las mencionadas revistas especializadas y los trabajos preliminares del manuscrito de la obra que aquí presentamos.

Deseo también dejar constancia de mi más caluroso reconocimiento a la Escuela de Asuntos Públicos Lyndon B. Johnson, que me ha brindado todo su apoyo, así como dar testimonio de la gratitud que siento hacia nuestro actual decano, Robert Hutchings, y hacia su predecesor, Jim Steinberg, hábilmente secundado por Bob Wilson, el decano adjunto: todos ellos me han ofrecido un vital aliento. A esto debo añadir la especial mención del duro trabajo de mi ayudante, Felicia Johnson.

Doy también las gracias a mis hijos, y muy especialmente a Eve y

a Emma, y de forma aún más encarecida a mi esposa, Ying Tang, por haber sabido sobrellevarlo todo, incluyendo las reuniones de investigación de los lunes por la mañana, en las que durante muchos años ha tenido el encantador detalle de obsequiarnos con café y rosquillas mientras nos reuníamos en torno a la mesa del comedor.

No obstante, lo cierto es que, al final, alguien ha de responsabilizarse de las páginas que están a punto de leer, incluyendo los errores que puedan haberse deslizado, y en tal sentido, yo soy la persona a la que deben imputar el contenido del texto presente.

Austin, Texas.

12 de septiembre de 2011

1

LA FÍSICA Y LA ÉTICA DE LA DESIGUALDAD

En teoría, la teoría y la práctica son iguales, pero en la práctica no es así.

Frase atribuida a LAWRENCE BERRA, «el Yogui»^{*}

A finales de la década de 1990, los índices estándar con los que se medían las desigualdades de ingresos en Estados Unidos —y muy especialmente las diferencias con los dividendos obtenidos por las cúpulas financieras¹ tras el reparto de beneficios— comenzaron a alcanzar unos niveles que no se habían visto desde 1929. No es de extrañar que esto diera lugar al surgimiento de una sospecha muy concreta (y no era la primera vez): la de que pudiera existir un vínculo, en los estratos profundos del capitalismo, entre la existencia de una desigualdad radical y la ocurrencia de las crisis económicas.

Como es obvio, ese vínculo corre parejo al estado de la deuda. Según se dice, para las personas que tienen pocos recursos, el acicate de las comparaciones, como siempre odiosas, genera el deseo de poseer más bienes, de modo que lo que no logra ganarse ha de pedirse forzosamente prestado. No obstante, los individuos que no cuentan con capacidad de ahorro —que no solo son muy numerosos debido justamente a esa desigualdad sino que han de enfrentarse a tiránicas necesidades— disponen también del viejo remedio del crédito. Para bien o para mal, el agresivo deseo de los actores que poseen efectivo suficiente para conceder préstamos en metálico a quienes no cuentan con tanta liquidez viene a estimular todavía más esas urgencias y necesidades. De resultas de ese estado de co-

sas se genera un patrón de consumo que durante un tiempo presenta un aspecto que da la impresión de ser *grosso modo* igualitario. Tanto el rico como el pobre poseen más de una televisión y conducen un automóvil, y lo cierto es que, en Estados Unidos, los integrantes de ambos grupos han tenido hasta hace poco la oportunidad de convertirse incluso en propietarios de su domicilio particular. Sin embargo, las condiciones de pago de esos créditos rara vez se revelan favorables. De hecho, todo el beneficio de la concesión de empréstitos a las personas que los necesitan reside en obtener una rentabilidad desde el principio. De ese modo, llegará un día, para muchos de los titulares del préstamo, en que se revele imposible seguir cumpliendo la promesa de devolución completa que un día hicieran.

El factor que vino a presidir el enorme auge experimentado por el mercado bursátil en la década de 1920 fue el de la participación en el mismo del pequeño inversor. No obstante, también en este caso llegó una fecha, a finales del mes de octubre de 1929, en el que la demanda de reposición de garantías los expulsara del parque, precipitándose así una alocada carrera a las ventanillas bancarias que tuvo como consecuencia inmediata el desplome de la industria y el inicio de la llamada Gran Depresión. La explosión comercial registrada en el sector inmobiliario a lo largo de la década de 2000 vendría marcada por la concesión de una oleada de préstamos no solo agresivos sino también fraudulentos. Todos ellos irían destinados a fomentar la adquisición de viviendas, siendo muchas veces salidas de efectivo realizadas por los bancos para refinanciar las fincas de los pequeños propietarios.² La fecha fatídica volvería a presentarse en septiembre del año 2008, ya que en ese mes vendrían a quebrar tanto la Asociación Federal Hipotecaria de Estados Unidos (o Federal National Mortgage Association, también conocida con el nombre de Fannie Mae) como la Corporación Federal Estadounidense de Préstamos Hipotecarios (o Federal Home Loan Mortgage Corporation, a la que corrientemente se denomina Freddie Marca hispánica), la compañía de servicios financieros Lehman Brothers, y el gi-

gante y líder mundial de los seguros, la compañía American International Group (o AIG). En los meses y años posteriores, el valor de los pisos se vino abajo, esfumándose así la riqueza y la seguridad económica del conjunto de la clase media estadounidense —un patrimonio y unas garantías cuya acumulación habían necesitado más de sesenta y cinco años—.³ El subsiguiente desplome de los bonos hipotecarios y del mercado de instrumentos derivados acabaría provocando en todo el mundo una huida a posiciones más seguras, circunstancia que en Europa estaría llamada a degenerar en una crisis de la deuda soberana de algunos estados como Grecia, Irlanda, Portugal y España.

De este modo puede decirse, y en un sentido verdaderamente hondo, que la desigualdad se encontraba en el núcleo mismo de la crisis financiera. Se trataba de una recesión vinculada con las condiciones crediticias establecidas entre las personas acaudaladas y el resto de la población, condiciones en las que habían intervenido, en calidad de mediadores, tanto las entidades hipotecarias como los bancos, las agencias de calificación crediticia, los bancos de inversión, las empresas públicas y los mercados de derivados. Las mencionadas condiciones de crédito eran lo que eran, dadas las inestabilidades intrínsecas que conlleva la concesión de créditos a personas incapaces de devolver sus préstamos. Como en todo esquema o planteamiento Ponzi,^{*} o como en cualquier burbuja económica, la eventualidad de que los implicados acaben encontrándose en una situación catastrófica depende únicamente de que acierten o no a administrar los *tempos*, puesto que aquellos que entran a formar parte de la pirámide a tiempo, abandonándola asimismo al primer síntoma de fatiga, salen bien parados, mientras que quienes no logran captar dichas señales con la suficiente agilidad se ven abocados a la bancarrota. Como ya dijera Joseph P. Kennedy en el verano de 1929, poco antes de la quiebra bursátil de ese mismo otoño: «Solo un loco se resiste [a vender sus acciones] hasta obtener la más alta cotización posible».

Sin embargo, para los economistas que llevaban la voz cantante

en el discurso académico de estos años todos estos hechos pasaron inadvertidos. Los modelos que elaboraban, basados en la existencia de unos «agentes representativos» que operaban al dictado de un conjunto de «expectativas racionales», venían a considerar que todos los actores económicos se hallaban de hecho en situación de igualdad. Y a pesar de que no todos los ingresos de esos actores fuesen iguales, el supuesto de que los hábitos de consumo eran en realidad de carácter independiente les inducía a pensar que esas diferentes posiciones relativas no desempeñaban papel alguno en la teoría.⁴ Es más, en las nociones académicas relacionadas con el «equilibrio general» no figuraban ni por asomo las instituciones financieras de tipo similar a los bancos. En el sistema de clasificación de materias que establece el *Journal of Economic Literature* no había entonces (ni hay todavía) ninguna categoría susceptible de incluir aquellas obras que dieran en relacionar la desigualdad con el sistema financiero. Dicho en otras palabras: tanto la desigualdad como la inestabilidad económica venían a constituir sendos espacios en blanco en la teoría dominante. Ninguno de esos dos conceptos parecía relevante a los ojos de la corriente de análisis económico predominante, y nadie llegó siquiera a imaginar la posibilidad de estudiar la relación que pudiera existir entre ambas realidades.

Los economistas pertenecientes a la tradición académica que defendía, por ejemplo, el profesor Benjamin Bernanke en Princeton concentraban todos sus esfuerzos en las perspectivas que sostenían que —salvo la perturbadora irrupción de los ocasionales brotes de mala gestión política, provocados fundamentalmente por el hecho de que un banco diera en poner en circulación un exceso de papel, o bien un insuficiente volumen de dinero en efectivo— la economía tiende invariablemente a la estabilidad generada por el pleno empleo. De acuerdo con las propuestas estabilizadoras de Milton Friedman, la mala gestión política constituía una eventualidad evitable, de modo que no cabía esperar que pudieran producirse crisis de la magnitud y características de la que hubieron de soportar quienes vivieron el desplome de los años treinta del siglo xx. Las